

El 15 de junio de 1918, día en que los estudiantes, "con pulso entusiasta y enérgico", rubricaron su huelga general en la Universidad de Córdoba, y que señala, tal vez demasiado optimista, "la fecha del movimiento de la Nueva Universidad", marca, sin embargo, el punto de partida para la "revolución" en la docencia superior de todo el Continente. No fue, precisamente, una revolución como quizás la pensaran los estudiantes, que echaría por tierra un régimen social, ni tal vez alcanzaría los efectos de otras conmociones de esa naturaleza, que sucedieron en el mundo: en Grecia, en Roma, en el Medievo. No sucedió nada de eso. Pero fue en América el principio de una revisión a fondo de esta educación y de la hasta entonces poco menos que intocable universidad en manos de la burguesía, la que en gran parte continúa del mismo modo. Está bien, pues, que se rememore este hecho, que se proyectó con tal fuerza en nuestras tierras que sigue perdurando lo mejor de su impulso ejemplar, para esclarecer cada vez mejor nuestro camino futuro a la luz de su experiencia y consecuencias.

Aquel "acto de delicioso vandalismo juvenil" — como le llamara uno de sus autores —, que hizo en ese día violenta crisis con un gran tumulto, la toma de la universidad "y antes que la entidad fuese un acto público irrevocable y completo nos apoderamos del salón y arrojamos a la canalla", como dice el manifiesto de la Federación Universitaria sobre el suceso; actitud que se completó arrancando de su marco el polvoriento retrato del fundador del 1613, obispo Trejo y Sanabria y derribando de su pedestal la estatua de algún otro carcamán allí inmortalizado (cosa que no pudieron hacer con la de Trejo, "bastante pesada para que no pudiera ser volteada a lazo", como diría Juan B. Justo en el parlamento, poco después), amén de algún otro necesario "desmán", completó la sagrada limpieza del claustro, dando al traste (al menos en ese momento) con la Corda Frates, "poderosa y maquiavélica sociedad de infiltración y de dominio", como la definió Gregorio Bermann que, dice, "tuvo el privilegio de ser actor desde la primera hora...".

Esta conducta de aquellos jóvenes no fue más que una natural consecuencia, ya no más inaplazable, de una situación que el estudiantado cordobés (en especial) venía padeciendo como el del resto de la Argentina — ¿y por qué no de la América entera? —. Fue el lógido estallido que sufren las organizaciones en crisis y que en determinado momento histórico y ante una gota más que se le agregue (aquí creo que la supresión del internado en el hospital universitario) hace explosión, removiendo hasta lo que no se propuso. Y esta explosión sucedió

precisamente en Córdoba, modorrosa y cavernícola ciudad metida en un hoyo y recostada a las estribaciones cordilleranas, con clor a cirio y tañido de campanas, "sobrecogida de sonidos patriarcales y polillas escolásticas", como la define Agosti, llena de iglesias y conventos, como de antaño ya así la noticiaran los cronistas. Si bien algunos como Concolorcorvo, criticaron también ya su descuido, a pesar de su alcurnia capitalina, pues le parecía "digno de reparo" que una provincia tan dilatada y que comerciaba anualmente en "más de seiscientos mil pesos en mulas y vacas", estuvieran "las iglesias tan indecentes que causaba irreverencia entrar en ellas", y de que a su paso por Córdoba "se estaban vendiendo dos mil negros, todos criollos de las Temporalidades, sólo de las dos haciendas de los colegios de la ciudad". Fue aquí, en esta ciudad, tan bien definida, como vemos, desde sus orígenes, justamente, por los propios frailes, que por la decisión de un grupo de jóvenes tal vez descendientes de aquellos de Mayo de 1810, se encendió el fuego de la rebelión depuradora contra la asfixia espiritual, moral, intelectual que una educación en manos sacrílegas (aquí la Iglesia), había extraviado su aire, su luz y su vitalidad. La había reducido a moldes vacíos, a oratoria pomposa, a información maltrecha o despojada de todo interés, actividad o necesidad concretos. Rebelión esta que trató, sin embargo, de sobrepasar los límites de su reacción puramente pedagógica regional, aliándose al pueblo trabajador para conmover otros estratos sociales y abarcar un horizonte político-social de mayores proporciones.

Porque ¿cuál era la verdadera imagen de esa universidad (y en consecuencia de las del resto de Argentina), para que se convirtiera en una bomba de tiempo pronta para el estallido universitario?, me preguntaba en 1940, cuando preparaba mi respuesta al cuestionario de García Moreno, que contesté con *Problemas de la educación y la cultura en América*, en el 43, y para lo cual apelé al severo testimonio de una gran personalidad argentina, Juan B. Justo, que el 24 de julio de 1918 hizo la disección de este centro ante el asombro del parlamento de su país...

Mi libro provocó muchos comentarios, tal vez por la acritud y desnudez con que estaban planteadas las cuestiones estudiadas. Entre ellos, un extenso (y generoso) análisis de la Prof. Celia Ortiz Arigós de Montoya en la revista *Universidad*, órgano de la Universidad del Litoral, que aparecía en Santa Fe, en su N° 15 de 1943. En él, luego de un laudatorio examen al enfoque y tono de aspectos de la educación, la Prof. Arigós al llegar a la etapa superior de la enseñanza trata de impugnar

el enfoque de las respuestas relacionadas con las enseñanzas técnica y universitaria, capítulos — decía — “no tan medulosos y de permanente valor objetivo”, por entender que “carecían de un planteo estricto pedagógico”, pues “el autor hace más frecuentes incursiones al plano polémico proselitista, dañando, por ende, la claridad al tema y su planteo fecundo y serio”. Y esto en especial al referirme a la “universidad argentina”. Todo el quid de su discrepancia radicaba en que en nuestro examen no cumplíamos con el ideal que preconizaba. “El ideal — dice — en interés del desarrollo normal y no discontinuo de la educación es, precisamente, mantener independiente en todos los órdenes de la enseñanza la política y la educación”. Perdóneseme que recurra a este viejo testimonio para mostrar de cuán lejos viene nuestra discrepancia con quienes sostienen (y lo siguen haciendo, ignoro si la Prof. Arigós) el pretendido apoliticismo educacional, o simplemente esa aparente desvinculación de una cosa de la otra y el aislamiento en seguras cárceles tecnológicas o pseudo-científicas o de puro racionalismo, a la educación, como si ésta no tuviera nada que ver con la vida y sus relaciones, todo, desde Aristóteles hasta nuestros días, en fin, no más que política.

En 1943, en Argentina, como en el resto de América en general, a pesar de la “revolución” del 18, la universidad (en Uruguay sufre su conmoción, en especial en Derecho, en el 30) siguió estando en crisis, esclerosada, en cuanto a su función e influencia en la vida activa del país: economía, política, necesidades vitales de la sociedad, mejoramiento de los valores humanos del pueblo. Todo lo cual es indiscutiblemente (y a esta hora parece ya no haber dudas... ¿no las hay?) educación y política entrelazadas en extensión y profundidad, o entonces no-cumplimiento por la universidad de la parte más importante de su misión, cosa que lleva a la fuerza a la función educativa a las crisis, como las que han sucedido cada vez que esta institución se ha aherrojado en su teoría pura, desentendiéndose de su responsabilidad social.

Eramos impugnadores, ya en ese tiempo (ahora cada vez más claros) de esa Universidad de América — en especial — de espaldas a su tiempo y lugar, enfrascada en preparaciones bizantinas o de mera especulación utilitaria profesoral, que creó el “puro universitario” o sea “una verdadera monstruosidad”, como dijera por el 30, Deodoro Roca, el redactor del mensaje liminar del explosivo estudiantado cordobés. Por eso nuestra crítica hablaba políticamente (y sin discontinuidad) de la universidad, pero en su afán dissociativo justamente, disociación sostenida siempre por la burguesía reaccionaria que ha luchado en

todo tiempo por dominar esta enseñanza que nunca fue, por otra parte, ni *anti* ni *a-política*, como se sostiene por los disociativos. No había, pues, tal discontinuidad entre mi enjuiciamiento a las anteriores etapas educativas y ésta superior. Del mismo modo que analizamos las interrelaciones sociales en el analfabetismo o deserción escolares en la etapa primaria, o la incapacidad tecnológica de la enseñanza de este tipo o la precariedad y artificialismo de una secundaria no más que antesala al profesionalismo universitario, planteábamos una universidad desvitalizada de problemas esenciales, formalista y anticuada y de escasa preparación profesional. Que era, al parecer, lo que más le dolía a nuestra profesora.

En mi respuesta de si “al resolver el problema universitario ¿se trata sólo de un cambio de programas y contenido o de la reforma total del sistema educativo?”, por ejemplo, contesto justamente con lo que estuvo en el ánimo de los jóvenes cordobeses a quienes entendí cabalmente sobre todo luego del posterior trato y amistad con algunos de los más conspicuos como Deodoro Roca, Saúl Taborda y Gregorio Bermann: “Ni de programas y contenido, ni de una reforma total del sistema educativo. El problema es mucho más grave: habría que reformar la sociedad, es decir, «reformar» no es justamente el término... Por lo demás, ya vimos qué significa una *reforma* en el terreno educativo. ¿Cree, usted, que este problema se arregle con un estrujamiento, una ampliación o superposición de disciplinas en un programa que es, en último caso, lo más que significa una reforma? ¿Qué puede remediar un cambio de programas? No más allá de abrir una brechita en el horizonte del estudiante (y tal vez del conocimiento, agrego ahora). Porque hay que tener en cuenta que estos cambios, estas reformas nunca son de tal naturaleza que posibiliten una remoción profunda. Cuando el arcaísmo y la vejez de los programas y las situaciones llegan a tal grado que no se soporta ya ni siquiera el ambiente claustal que se vive, entonces no tienen otro remedio que hacer la «revolución» universitaria... ¡y todo para cambiar de programas. Eso dije como introducción.

Tan poca razón tenía la profesora Arigós en su defensa, que Héctor P. Agosti, ilustre compatriota suyo, preocupado por estos problemas y “hombre prisionero” incluso por su defensa, en *Cuaderno de bitácora* (que publicó en 1949), en el artículo “La universidad y la cultura” enjuicia la situación que se vivía entonces, empezando por preguntarse: “¿Estamos en lo mismo?”, pregunta — dice — que la había hecho en el 36. En su momento hemos de volver sobre este ensayo,

porque ahora queremos volver a la radiografía del Dr. Justo sobre la situación que se vivía en la Universidad de Córdoba a pocos días de visitarla. Después de señalar el “espíritu sectario” que privaba “en todos los aspectos exteriores e interiores de aquella institución” y en la cual la reciente intervención empezaba por conservar hasta la palabra “Jesús” del viejo escudo, inicia la revelación de qué cosa es esta universidad, cuya sola entrada “a la vetusta casa es caer bajo la obsesión de las imágenes eclesiásticas”. Y va enumerando las tantas repetidas imágenes, en distintos materiales del fraile Trejo y Sanabria, en el patio, en las paredes, en el cielorraso; la tribuna de grados que “ha tomado la forma más parecida posible a un púlpito”, de donde “no han descendido generalmente sino palabras de unción católica y de retórica eclesiástica”.

Pero el sectarismo, según Justo, era mucho más fuerte aún en su actitud frente a cuestiones fundamentales para la vida institucional y moral de la nación, al negar “utilidad a los que no son católicos”, verdad a las instituciones que no son de su credo y “minar los fundamentos mismos de la sociedad civil en sus cátedras”, convirtiendo a éstas en verdaderas demolidoras de la sociedad y la administración en temas como “la falta de derecho del estado para ejercer el patronato sobre la iglesia”, y otras numerosas faltas de derechos en casi todo, así como sobre la legislación civil argentina, en materia de matrimonio, derecho a instruir a sus ciudadanos, etc., etc. En cuanto a textos, señaló que se usaban los más de reaccionarios jesuitas para satisfacer las opiniones de catedráticos como Nicolás Garzón Maceda (“uno de los seis Garzones que he encontrado en aquella universidad”), tales como los Mateo Liberatore, que tienen capítulos como el titulado “La libertad de conciencia con razón ha sido llamada por el sumo pontífice delirio”, o afirmaciones como este párrafo que el Dr. Justo dejó tintineando en la sala del parlamentarismo radical *progresista* gobernante, que es todo un resumen del inspirador de gran parte de la cátedra cordobesa: “El estado, aunque es distinto, está no obstante subordinado a la iglesia, no puede separarse de ella, por la pretendida libertad de conciencia y de culto y está obligado a proteger a la iglesia con sus leyes y a poner su espada material al servicio del reino de Dios y del orden espiritual”.

Y con esta misma desaprensión el catedrático de economía de esa casa, ponía en manos de los estudiantes un tratado del propio Liberatore, ya absuelto de cualquier pecado por una advertencia eclesiástica que afirmaba no contener nada “contra el dogma apostólico y sana moral”. En tal texto, que el Dr. Justo lee y se solaza de su inefable contenido,

en Cámara, había capítulos con el título: “Perjuicios inevitables que trae el comercio internacional”, que muestra suficientemente qué tipo de economía se dictaba en dicha Universidad. Otro tanto acontecía con filosofía, en donde el texto de otro jesuita, más examinaba los fines “de la otra vida” que los de la vida presente, o se demoraba en asunto de “alta” especulación como “la unión, el asiento y la influencia del cuerpo sobre el alma, pero nada dice sobre la influencia del cuerpo sobre el alma”, como acota, zumbón, Justo.

Y así, materia tras materia, cátedra tras cátedra, Justo hizo la disección de la enseñanza universitaria cordobesa, en donde el ignominioso sectarismo religioso dominaba, apabullaba, la enseñanza, convirtiendo ahí lo que se llama ciencia, en un 99% de los casos en “puro verbalismo”; verbalismo que atropella incluso aquellas facultades — como la medicina — en donde, como en ésta había “nada menos que ocho cátedras cuya enseñanza era exclusivamente verbal”, como la terapéutica y su clínica correspondiente, las de patología, medicina legal, etc., en donde no se mostraba un enfermo, no se enseñaba nada experimental, no se conocía un material no un medicamento ni nada. O las de ciencias físicas y naturales todos cuyos departamentos se encontraban “en estado deplorable” de abandono, carencias y telarañas. Otro tanto hace con el profesorado, en manos de cinco o seis apellidos, como el ya citado Garzón y donde la administración estaba bajo el control de los familiares en un incalificable favoritismo y autarquía y en la que regía el más simple acomodo, aun en los cargos técnicos, como ejemplifica, con nombres propios, el Dr. Justo. Resumiendo: “lo que hace falta allí es una limpieza a fondo, hay que echar sino por la venta, por la puerta, hay que echar de la universidad de Córdoba todo lo apócrifo que hay en ella, toda la ciencia apócrifa, toda la ciencia verbal y charlatanesca, todos los profesores negligentes, ignorantes e ineptos... Es necesario desenclaustrar la universidad de Córdoba: está adosada a la iglesia de los jesuitas y tiene todavía un aspecto íntimamente jesuítico...”.

Las denuncias del Dr. Justo que se detienen más en el aspecto intelectual y moral del centro, sin embargo, la sitúan casi un milenio atrás, sin lo que tenían de aquella *universitas* de entonces, y justifican el atropello del estudiantado, lleno de rencor y salud moral porque no querían seguir viviendo enclaustrado en el medioevo... sin el medioevo. Y aquí volvemos de nuevo al entrelazamiento de su función educativa con el sentido político de su función, impugnado por nuestra comentarista. Es justamente el haber advertido el problema de la reforma con sentido político, unitivo, por los jóvenes de Córdoba, el que sus “anticipacio-

nes... iluminaron el nacimiento de una nueva conciencia social en América”, como sugiere la frase de un joven del 18: “Borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo”, afirmación que no se trataba de una frase romántica más o menos — dice Agosti —, sino que parecía encerrar (lo que sucedería) la frustración de la revolución: revolución que si no “de abajo”, de las masas trabajadoras, sí, “de arriba”, como en demostrarlo se empeña Agosti en su ensayo citado.

La crisis cíclica que vivía Argentina entonces, para este autor, tuvo así su exteriorización, su *conciencia dramática*, en la reforma universitaria que parte del movimiento de Córdoba. El ascenso del radicalismo al poder en 1916, como explosión de las clases medias que se venían formando bajo el signo de la inmigración y del pasaje “de la rudimentaria economía pastoril a una economía agropecuaria”, no sobrepasó de “cierta limpieza burocrática” (en lo que se pensó ver una revolución “desde arriba”) y el “drama argentino de 1918” fue su “exteriorización más coherente y definitiva”. Frustración ésta que se veía iluminada — en su desazón — por “la llamarada de la revolución rusa” que incendiaba el mundo con su fulgor. Los jóvenes del 18, por un momento, obnubilados, parecieron tener en las manos la antorcha democrática que encendiera Mariano Moreno. Por eso las palabras del Manifiesto estudiantil a los hombres libres de América, al recordarlas hoy con Agosti, que las transcribe, nos duelen más que nunca: “Hombres de una república libre acabamos de romper la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica... — decía el Manifiesto —. Los dolores que dan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos; las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana!”.

Los estudiantes universitarios, al anunciar la buena nueva fueron de los primeros en quemar sus títulos de privilegio y con lírica espontaneidad, manifestaron solemnemente al país, como aquella parte del clero y de la nobleza ante la inolvidable Asamblea del 89. Proclamóse la fraternidad de las fuerzas vivas de la nación, estudiantes, obreros y productores de todos los órdenes y la decisión de ir hasta el logro de las comunes aspiraciones. Una inspiración mesiánica animaba su verbo y sus gestos. Vivía en trance de heroísmo, tenía la sensación de estar “pisando una revolución”, era una época de ardiente anhelo en que la lucha se agudizaba hasta la exasperación, en que hasta los más tímidos hablaban; se producían “milagros” de carácter y sabiduría,

y se había creado el clima propicio a las grandes transformaciones. “¡Nos sentíamos gigantes y haciendo la historia!” termina Bermann con la cita de Ingenieros.

¿Cómo se produce ese espejismo en la juventud universitaria cordobesa? A nuestro modo de ver, configurado por un noble hecho: el papel preponderante que se atribuyeron siempre las universidades en la vida institucional de nuestras sociedades, y la poca importancia que se le daba a la política en la vida educativa universitaria confinada en su especulación teórica, en manos de la burguesía, que utilizaba la universidad y su mundo como uno de sus tantos instrumentos de dominación; la burguesía que dominaba, *domina*, los medios económico-político-sociales, en nuestros pueblos, todavía. Y veremos que, en cuanto a este último aspecto, no hay contradicción... si es contradictorio.

En cuanto a las universidades, éstas fueron una “carta de franquicia” de la burguesía, como señalara Ponce citando a Morin. Tales “reuniones de libres hombres que se propusieron el cultivo de las ciencias” (aunque el término universidad — *universitas* — se empleaba en el medioevo para designar una asamblea cualquiera lo mismo de zapateros que de carpinteros), se convirtieron, desde su origen, en el crisol de ideas nuevas que renovarían con experiencias nuevas, las viejas supercherías y fábulas astrológicas. Sin las universidades, como es sabido, en donde se intercambiaban las ideas nuevas, que el escaso manuscrito de entonces retaceaba a los ávidos, la circulación de las ideas no hubiera sido posible. Ni tampoco el encuentro de la cultura clásica y la cristiana, lo racional y lo positivo, a que alude Dilthey, como obra de la universidad capaz de elaborar “la nueva forma occidental del poderoso movimiento que se inicia”. De este modo, son ellas las que establecen la continuidad cultural de la antigüedad, los sostenedores de ese fondo medieval, movimiento cultural que se extiende y hace partícipe a Europa con Alberto Bollstedt (1193) y Tomás de Aquino (1225), eminentes expositores de la *Theologia naturalis*, nueva ciencia europea basada en principios más amplios, como reconoce Dilthey, “y que nace en conjunción con los filósofos griegos, y los árabes y los judíos”.

Son, así, las universidades “una creación del espíritu científico totalmente independiente de la Iglesia y del poder del Estado”, que surgieron “como asociación libre de maestros sobresalientes y de alumnos que se reunieron en torno a ellos”. Y que le darían, para el porvenir, su rasgo más particular “de organización francamente liberal”: la fiscalización estudiantil que, dice Ponce, citando a Langlois, “asom-



braría a los antirreformistas de hoy que quieren volver al reinado de la toga y el birrete...”, estudiantes que curtían a penas a sus profesores por los menores deslices didácticos.

Pero en su proceso, las universidades acabarían convirtiéndose en el reducto de la burguesía rica para “fabricar” doctores — desplazando a la pequeña burguesía a la enseñanza primaria —, situación en la que trata de permanecer aún ahora, en el mundo entero, como había sucedido con el movimiento cultural de los ricos comerciantes e industriales en la Atenas del siglo V, que creó a los sofistas, y el del siglo II en Roma, que creó a los *retores*. Se convirtió en nuestra época en el centro indiscutible de enseñanza técnica e investigación de la era moderna, en especial de los países de escaso desarrollo como los de nuestra América Latina, que prepara sus élites gobernantes. Por esta razón, las clases agropecuarias (que son las dominantes) se enseñorearon de la universidad y la convirtieron en su reducto amurallado, productor del doctor, ese árbitro de nuestras aspiraciones democráticas. “Si la universidad, por su régimen legal dependía del Estado, el Estado era en parte ella misma”, afirma Bermann y se convirtieron, por su propia función, en pocas selectas manos, en organizaciones aristocráticas, cerradas a toda ingerencia ajena a su órbita en Europa, y desde luego, en América para donde las exportaron.

Las que nos llegaron de España trajeron la raíz de las Siete Partidas de Alfonso el Sabio. En este documento se define el *studia generalia*, desde los aspectos de la disciplina y organización de la vida de los estudiantes hasta los planes de estudios y temas de su contenido didáctico. De la Universidad de Salamanca, que sobresaliera en Europa por la cantidad y calidad de su alumnado y de la de Alcalá arrancan las veintitantas universidades de América Latina, desde la primera erigida en 1538, la Santo Tomás, en Sto. Domingo, hasta la de San Carlos de Córdoba (1613-14) y la de San Javier, de Chuquisaca, un año más tarde, los dos centros que prepararían a los criollos — sin desmentir contradicciones — para las próximas emancipaciones. Universidades, que según noticias de Lanning — escribe G. del Mazo —, confirieron grados a 150 mil alumnos en el lapso colonial.

La importancia de estos centros, fue indiscutible en el proceso de nuestra institucionalización. Y lo sigue siendo. Se puede pensar, entonces — se sigue haciendo —, que desde la Universidad, bastión invulnerable (que se cree) se puede incluso cambiar el destino de una organización, sino de un régimen social. Dominando la universidad,

pensaron los jóvenes del 18, tendrían dado el primer gran paso para un cambio social. Y este fue, a nuestro parecer, el primer gran espejismo con el cual se estrellaron, pues por las mismas razones que hemos venido apuntando sobre el oficio y proyección de este centro, la burguesía defendería su reducto a muerte, como así sucedió. En donde no pudo hacerlo, a base de la más deleznable dialéctica o maniobra politiquera, lo hizo, *lo hace*, a base de ejércitos, policías, gases y ametralladoras, como viene ocurriendo, un día y otro, en el mundo entero, en especial en el de nuestro continente.

Y en cuanto al segundo espejismo, la falta de una verdadera valoración de la relación directa de su crisis, necesidad de cambio, transformación, con la política, la economía y demás valores sociales de la nación, Agosti, lo señala muy correctamente. Ese espejismo (vimos en la profesora santafesina), es un estado bastante general de la concepción neutralista — o separación de la educación y la política — que engloba, desde luego, el de su autonomía. Agosti, a través de los planteos previos al asunto universidad y cultura, señala, por ejemplo, “que toda reforma educacional tiene un sentido político... porque la escuela depende más del aire público que del aire pedagógico”; o el de que “toda reforma educacional, además, necesita ser total”, es decir “constituye un fenómeno histórico, un acontecimiento del hombre concebido como ser social” y “toda tentativa pedagógica es inseparable de la formación del espíritu de la ciudadanía para la vida nacional”, etc. Entonces “¿qué necesitamos en 1947?” — se pregunta y contesta —: “Precisamos una escuela beligerante en los términos que la quería la generación del 37 (1837) y no una escuela prescindente en los términos que la estructuró la que Alejandro Korn llamó «nuestra tercera generación positivista»... Necesitamos una escuela *política*, para la formación *política* del ciudadano en la unidad del ciclo educativo... ¿Pero qué política? — se pregunta, en definitiva — debe inspirar este ideal educativo argentino? No puede ser otra — responde — que la revolucionaria democrática, tal como la formula la generación echeverriana y tal como la transmite con validez presente hasta nuestros días...”.

Aquí parece perfilarse con cierta claridad, a fines de 1940, a través de Agosti, lo que buscaba — lo que sigue buscando — aquella juventud argentina que hizo explosión en 1918. Y que encontró eco, al menos transitorio, en una organización gremial amplia y centralizada y hasta obligó a intervenciones para solucionar ese asalto a la Bastilla, como se llamaba la universidad, en los primeros instantes; y la creación de una conciencia real sobre el hecho (ruptura del segundo espejismo)

que muestra que no es posible redimir una ciudad (menos un país) con el derrumbe de una universidad, como reafirma nuestro juicio, Bermann, sino que es necesario también (o primero) transformar el régimen económico-político que la apuntala. Estaba visto, dijimos ya, que todas las fuerzas políticas que sostenían el patriado, movidas a su vez por éste mediante sus tanta Corda Fratas, de toda clase, que entreligan los intereses de un estado capitalista, se opondrían enérgicamente al esclarecimiento de ese mundo entrevisto por los jóvenes y el pueblo en el 18 ó en cualquier tiempo. No podía ser con gestos y oratoria románticos, si llenos de advertencia reales, con los que se volcarían de raíz un sistema, siquiera de educación, como quería Martí. El imperialismo con su guerra del 14-18 hacía su último reparto a un costo muy elevado: la revolución de octubre, y desde el mismo día de la rendición de su contrincante más violento (el germanismo racista) comenzó a estructurar sus nuevas tácticas y a crear los anti-cuerpos socialistas para mantener su hegemonía en el resto del mundo. Como así sucedió. Y de cuya táctica no podía escapar la Universidad.

Pero no desconocemos que los jóvenes del 18, sin duda alguna, vislumbraron el porvenir. Por algo descendían de los del Mayo post-revolucionario que sacudió a la juventud de su tiempo y “les llenó de delirios en alas de la palabra *libertad*”, como se ha señalado con acierto; que les valiera epítetos como el de “inquietos”, “charlatanes y arengadores”, cuando no el de “facciosos”, del presidente de la Junta de Mayo. Esos “facciosos” fueron los que se nuclearon en mayo de 1811 en la Sociedad Patriótica y Literaria, verdadero club jacobino, como se la definiera, y cuyo objeto no era otro “que reanimar el espíritu amortiguado de la revolución”, en todos sus aspectos, objetivo que alarmara a las autoridades, pues tal vehemencia — pensaron — no podía encubrir otra cosa que planes conspirativos. ¿A dónde querían ir estos jóvenes “morenistas”? En aquel entonces, hasta cerca nomás: propagar los principios que el joven maestro enunciara día a día desde *La Gazeta*, por medio de la acción directa en los debates, impulsando a los remisos en la marcha hacia adelante del famoso *Plan*. Y hasta tal vez preparar la embestida América adentro, como sucedió más tarde. Ellos eran de los que formaban esa “larga cola” a que aludía Moreno dejaba en el Río de la Plata cuando lo separaron de su cargo en la Junta y lo embarcaron hacia Europa. Esta misma juventud denostada con tanto brío por el Deán Funes en su época, de “inundar el pueblo y aun el reino con libelos difamatorios” en los que se señalaban con anticipación quienes serían las más ricas víctimas cuyos bienes se distribuirían, como

“legítima presa”, esa misma juventud, frustrada su revolución, floreció de nuevo en la Sociedad Literaria de 1837, cuya cabeza sería el luminoso Echeverría, el socialista utópico del *Dogma*. Sus principios partían, igualmente, del Moreno de Mayo: “La democracia no es una forma de gobierno —decía Echeverría— sino la esencia misma de todos los gobiernos republicanos. . . Es el régimen de la libertad fundado sobre la igualdad de clases”. Sí, de todos estos antecedentes —y de muchos más que aún podríamos rastrear en la historia argentina, como lo han hecho otros estudiosos como Bermann en *Juventud de América*— vienen, sin duda, los jóvenes cordobeses de 1918, que hasta podrían hacer pie sin vacilación en conceptos muy próximos a ellos, como la definición de la *universidad del porvenir* que trazara Ingenieros, dos años antes. Ese organismo que lograra coordinar, como su función específica, las doctrinas, normas e ideales de un pueblo en el momento de su devenir, y traducirlas en elementos organizados, en disciplinas científicas conforme a los métodos más eficaces para cada una, como así resume el contenido de dicha universidad, el notable sociólogo argentino.

. . . Y la verdad es que esa universidad, no digamos esa sociedad, en 1918, todavía estaba más abajo aún que la de una simple “fábrica” de doctores con que satisfacía la burguesía gobernante, porque si bien había muerto la vieja universidad, no había nacido la nueva, como dijera Ingenieros. Se habían quedado en eso que era la de Córdoba, espejo de la mayoría de las de América y que el Dr. Justo definiera como “una institución arcaica, superflua y, en nuestro país, cara y corrupta, porque es una de las creaciones de la política criolla, cara y corrupta. . .”. Los jóvenes del 18, no carecieron de antecedentes, pues. Y su clarinada fue un toque de atención para el resto del continente. Y si a través del movimiento que se inició el 15 de junio no logró denunciar la crisis del institucionalismo en general, descubriendo “la íntima relación entre los problemas de la cultura y de la sociedad”, como denuncia su manifiesto, que con acierto recoge y analiza Agosti, que a propósito hemos citado reiteradamente, ha denunciado lo que será ya ilevantable como cargo a dichas organizaciones: “Las universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes. . . —dice el manifiesto— . . . Por eso es que la ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa, o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. . . Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a medioerizar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo

orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria". Ese aliento es, en definitiva, el removedor explosivo que en el caso del 18, tradujo "primero, el nacimiento de una nueva conciencia social; segundo, la aparición de nuevas formaciones sociales a las que da el radicalismo una expresión política; tercero, parejamente la necesidad de satisfacer las nuevas apetencias técnicas suscitadas por el desarrollo de la producción y que la universidad pre-reformista es incapaz de servir", como así resume Agosti, la proyección de este suceso.

En una palabra, y como síntesis de toda esta situación que quisimos historiar y enjuiciar al mismo tiempo — sumándonos a quienes homenajean este acontecimiento, aunque seguros de no agregar nada nuevo —, sobre un problema tan debatido como es el de la función de la universidad en la vida de los pueblos y su influencia en las determinantes sociales del porvenir, creemos que siguen vigentes las palabras del redactor del manifiesto del 18, dieciocho años más tarde, cuando en su periódico *Flecha*, desde la propia Córdoba, tan enquistada como antes y... ahora, Deodoro Roca afirmaba: "Aparte del espectáculo grotesco que ofrece la universidad a su penuria y falsificación — escribía sintetizando el interrogatorio sobre este tema que había promovido entre los intelectuales argentinos — hoy se sabe que no habrá verdaderamente reforma mientras no se reforme profundamente la estructura del Estado". ¿Tendría necesidad, ahora mismo, a treinta y dos años más tarde de estas palabras, si viviera nuestro admirado amigo, de modificar una sola línea de esta afirmación?

Montevideo, abril de 1968